

lidad de acción democrática comienza y acaba ahí. El elector podrá quitar del poder a un gobierno que no le agrade y poner otro en su lugar, pero su voto no ha tenido, no tiene y nunca tendrá un efecto visible sobre la única fuerza real que gobierna el mundo, y por lo tanto su país y su persona: me refiero, obviamente, al poder económico, en particular a la parte del mismo, siempre en aumento, regida por las empresas multinacionales de acuerdo con estrategias de dominio que nada tienen que ver con aquel bien común al que, por definición, aspira la democracia.

Todos sabemos que así y todo, por una especie de automatismo verbal y mental que no nos deja ver la cruda desnudez de los hechos, seguimos hablando de la democracia como si se tratase de algo vivo y actuante, cuando de ella nos queda poco más que un conjunto de formas ritualizadas, los inocuos pasos y los gestos de una especie de misa laica. Y no nos percatamos, como si para eso no bastase con tener ojos, de que nuestros gobiernos, esos que para bien o para mal elegimos y de los que somos, por lo tanto, los primeros responsables, se van convirtiendo cada vez más en meros comisarios políticos del poder económico, con la misión objetiva de producir las leyes que convengan a ese poder, para después, envueltas en los dulces de la pertinente publicidad oficial y particular, introducir las en el mercado social sin suscitar demasiadas protestas, salvo las de ciertas conocidas minorías eternamente descontentas.

¿Qué hacer? De la literatura a la ecología, de la guerra de las galaxias al efecto invernadero, del tratamiento de los residuos a las congestiones de tráfico, todo se discute en este mundo nuestro.

Pero el sistema democrático, como si de un dato definitivamente adquirido se tratase, intocable por naturaleza hasta la consumación de los siglos, ése no se discute. Mas si no estoy equivocado, si no soy incapaz de sumar dos y dos, entonces, entre tantas otras discusiones necesarias o indispensables, urge, antes de que se nos haga demasiado tarde, promover un debate mundial sobre la democracia y las causas de su decadencia, sobre la intervención de los ciudadanos en la vida política y social, sobre las relaciones entre los Estados y el poder económico y financiero mundial, sobre aquello que afirma y aquello que niega la democracia, sobre el derecho a la felicidad y a una existencia digna, sobre las miserias y esperanzas de la humanidad o, hablando con menos retórica, de los simples seres humanos que la componen, uno a uno y todos juntos.

No hay peor engaño que el de quien se engaña a sí mismo. Y así estamos viviendo. No tengo más que decir. O sí, apenas una palabra para pedir un instante de silencio. El campesino de Florencia acaba de subir una vez más a la torre de la iglesia, la campana va a sonar. Oigámosla, por favor. **(Tomado de Other News)**

A 60 años de la agresión a Corea Democrática

Lección sin aprender

■ ARNALDO MUSA

Sesenta años después de haber protagonizado y arrastrado a sus aliados, bajo la égida de la ONU, a una guerra de agresión para destruir a la joven República Popular Democrática de Corea (RPDC), Estados Unidos se mantiene como el principal instigador de la tensión en la península, con sus planes para atizar el fuego entre las dos partes coreanas con el propósito de mantener su presencia militarmente en la zona.

La agresión del 25 de junio de 1950 se convirtió tres años después en la primera derrota militar de Estados Unidos, pero ello no impidió ni por un instante que la sociedad norteamericana haya estado exenta del peligro de una nueva agresión ni dejado de educarse para vivir y combatir en

defensa del socialismo.

Así lo siente cualquiera que visite el Museo de la Victoria, en Pyongyang, cuando los jóvenes escuchan atentamente a esos héroes que han dirigido unidades de combate contra el agresor.

Datos del Instituto de Historia de Cuba, basándose en fuentes coreanas, dicen que Estados Unidos movilizó más de dos millones de efectivos militares propios y de 15 países satélites, y utilizó 73 millones de toneladas de materiales bélicos, que causaron la destrucción de ciudades, contaminación del medio ambiente y muerte a por lo menos cuatro millones de personas, más de la mitad civiles. Sin embargo, no pudo doblegar al pueblo norteamericano dirigido por su máximo líder, Kim Il Sung, y el apoyo de voluntarios chinos.



Miles de soldados norteamericanos fueron hechos prisioneros.

La península, sobre todo el Norte, fue un campo de ensayo para nuevas armas estadounidenses, donde se llegó a pensar en el uso de la bomba atómica. El Pentágono admitió la pérdida de 53 796 hombres, y EE.UU.

fue obligado a firmar un acuerdo de armisticio. Con sus intrigas y amenazas de guerra, Washington constituye hoy, como hace seis décadas, el principal obstáculo para alcanzar la paz y la reunificación de la patria coreana.

Informe sobre riqueza mineral de Afganistán despierta dudas

■ JIM LOBE

El momento en que fue publicado un artículo del diario The New York Times sobre los vastos recursos minerales no explotados en el suelo de Afganistán despierta dudas sobre los verdaderos intentos del Departamento de Defensa de Estados Unidos, que reveló la información.

Dada las constantes noticias negativas sobre la estrategia militar de Washington en territorio afgano, analistas creen que el artículo, publicado en la portada, tiene solamente el objetivo de revertir la creciente opinión pública de que la guerra no vale la pena.

“¿Qué mejor forma de recordarle a la gente el potencial brillante del país —cuando digo la gente me refiero a los chinos, los rusos, los paquistaníes y los estadounidenses— que publicando o volviendo a publicar información válida (pero que ya había sido difundida) sobre la riqueza de la región?”, preguntó en su blog el analista Marc AmBinder, editor de la revista The Atlantic.

“La forma en que fue presentada la noticia, con citas de nada menos que el comandante en jefe del Comando Central (David Petraeus), sugiere que existe una amplia y deliberada operación informativa para influenciar a la opinión pública sobre el curso de la guerra”, agregó.

El artículo, de unas 1 500 palabras, basado casi enteramente en fuentes del Pentágono y presentado como título principal de una compilación de noticias sobre seguridad nacional, señalaba que Afganistán podría tener cerca de un billón de depósitos minerales sin explotar.

En estos habría grandes cantidades de “hierro, cobre, cobalto, oro y materiales industriales claves como el litio”, añadió.

El Producto Interno Bruto de Afganistán el año pasado llegó a 13 000 millones de dólares.

Un “memorando interno del Pentágono” al que accedió el autor del artículo, James Risen, señalaba que Afganistán podía convertirse en “la Arabia Saudita del litio”, material clave para la fabricación de baterías para computadoras portátiles y teléfonos inteligentes.

“Existe un enorme potencial aquí”, dijo Petraeus a Risen en una entrevista el sábado. “Por supuesto, hay muchos condicionantes, pero creo que potencialmente es muy significativo”, señaló al detallar un estudio realizado por “un pequeño equipo de funcionarios del Pentágono y de geólogos estadounidenses”.

El gobierno del presidente afgano Hamid Karzai, cuyos recientes esfuerzos para buscar una reconciliación con el movimiento islamista Talibán han sido criticados por Washington, rápidamente respondió a la noticia.

En conferencia de prensa convocada de urgencia el lunes, el portavoz de Karzai, Waheed Omar, dijo que el informe era “la mejor noticia que hemos tenido en muchos años en Afganistán”.

Otros comentaristas, sin embargo, sugieren que el informe sobre la riqueza subterránea afgana no era nada nuevo.

Como señaló Blake Hounshell, editor de la revista Foreign Policy, el Servicio Geológico de Estados Unidos ya había publicado hace tres años en Internet un completo inventario de los recursos afganos no petroleros.

Gran parte de este estudio se basó en exploraciones realizadas por la Unión Soviética durante su ocupación del territorio afgano en los años 80.

La pregunta es por qué la noticia, reproducida por varias cadenas extranjeras, fue publicada ahora.

Risen sugirió que “los funcionarios esta-

dounidenses y afganos acordaron hablar sobre los descubrimientos minerales en momentos difíciles” para la ofensiva contra el Talibán.

Las bajas estadounidenses y de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) han crecido en las últimas semanas. La táctica de “limpiar, controlar y construir” en la estratégica región de Marja parece haber fracasado, y la planificada campaña en y alrededor de la ciudad clave de Kandahar se ha demorado por casi dos meses.

La última encuesta indica una creciente erosión del apoyo al compromiso de Washington con la guerra, en comparación con ocho meses atrás, cuando el presidente Barack Obama aceptó las recomendaciones de enviar unos 30 000 soldados más a Afganistán para que el contingente militar en ese país ascendiera a un total de 100 000 este verano boreal.

Además, el poco respaldo a la guerra por parte de los países aliados de Washington en la OTAN crece rápidamente. Naciones de esa alianza y otras actualmente tienen unos 34 000 soldados en suelo afgano.

En vísperas de la conferencia ministerial de la OTAN en Bruselas la semana pasada, el secretario de Defensa de Estados Unidos, Robert Gates, reconoció que Washington y sus aliados afrontaban dificultades para convencer a sus ciudadanos de que su estrategia contra el Talibán estaba funcionando.

De hecho, la administración de Obama pretende realizar una gran revisión de su campaña en Afganistán para fines de este año. El presidente había prometido retirar las tropas definitivamente en julio de 2011.

Obama ya es presionado por los medios de derecha y neoconservadores, así como por legisladores del opositor Partido Republicano, para que demore la retirada. **(Tomado de IPS)**